

LA UNIVERSIDAD Y LA CRISIS DEL RACIONALISMO

Bartolomé Sabater. Catedrático de la Universidad de Alcalá (09/05/2011)

Quinientos años después de la fundación complutense, la Universidad se enfrenta a una crisis, propia de la incertidumbre ético-cultural del umbral del siglo XXI, y sería útil reflexionar sobre aciertos y fracasos que siguieron a la fundación de la Universidad de Alcalá, para superar la crisis actual. Afortunadamente, en la Universidad ocurre como en la vida: siempre en precario, pero generando retoños vigorosos para reemplazar a los caducos. Tantas veces anunciada su muerte, la Universidad resurge más pujante que antes, o quizás mejor, como en la selección natural, Universidades pujantes toman el relevo de las obsoletas.

El Cardenal Cisneros era uno de esos personajes excepcionales que perciben la problemática profunda de la sociedad en momentos decisivos y tienen la capacidad de iniciar las transformaciones necesarias. A su inteligencia, ánimo y capacidad de trabajo, unió una situación privilegiada de observador y actor que, percibiendo el final de la Edad Media, vio inaplazable la renovación de la instrucción religiosa y la clarificación y fomento de la lengua, como vía de comunicación del poderoso Estado e incipiente Imperio español. La Universidad europea salía de la Edad Media agotada en polémicas escolásticas y al margen de las inquietudes renacentistas. Se necesitaban enseñanzas para los tiempos modernos y el Cardenal apostó por una nueva Universidad; iniciativa seguida por Francisco I, también exasperado por el paralizante bizantinismo de la Sorbona, fundando el *Collège de France*.

La iniciativa de Cisneros mejoró la formación del clero, asentó la lengua y formó un eficiente funcionariado de la administración del Imperio. La teología que se estudiaba en Alcalá elevó la cultura del clero español de los siglos XVI y XVII a cotas nunca después superadas. La formación teológica requería un buen conocimiento de la revelación escrita en la Biblia y un buen complemento de Filosofía. Ésta experimentó en décadas posteriores una evolución idealista que, en lo que afectaba a la Filosofía Natural, facilitó el nacimiento de la Ciencia moderna. Circunstancias ajenas a la voluntad del fundador impidieron el arraigo de la nueva Filosofía en la Universidad de Alcalá, y cabe pensar que no son independientes los pobres desarrollos de la Filosofía y la Ciencia modernas en España. Las carencias universitarias para la Ciencia moderna no eran exclusivas de la joven Universidad cisneriana y en general, las universidades europeas no adquirieron un verdadero protagonismo en la innovación científica hasta comienzos del siglo XX. El problema específico de España quizás fue que, fuera de la Universidad, apenas había otras instituciones y actividades impulsoras potenciales de la actividad científica. Las pocas que había, náutica, metalurgia, ..., durante bastante tiempo tuvieron un nivel científico más que decoroso en España. Algunos hechos fueron, en mi opinión, decisivos para el fracaso de la Ciencia moderna en la Universidad cisneriana, que se pretendía ejemplar para los nuevos tiempos.

La Ciencia moderna surgió en el siglo XVII por la síntesis pragmática de las posiciones idealista (platónica) y realista (aristotélica), algo inconcebible en la Edad Media. La actividad científica requería creer en el ideal platónico, con leyes que rigen al universo, pero a cuyo entendimiento (*logos*) nos podemos aproximar a través de sus propiedades perceptibles por nuestros sentidos, lo que ya es una posición aristotélica, y tal síntesis requería confiar en las capacidades racionales del hombre y en el control del hecho experimental, algo que tiene su precedente en el humanismo erasmista. Descartes sienta las bases del nuevo idealismo filosófico que, a la vez, proporciona el fundamento analítico del método experimental. Una legión de experimentalistas, cada vez más relacionados con las aplicaciones prácticas de sus descubrimientos, completan la nueva cultura de la Filosofía Natural que llamamos Ciencia moderna.

Frente a la necesaria confianza humanística erasmista, Alcalá se convirtió en un feudo del nominalismo antierasmista, y las miras amplias del cardenal no alcanzaron su objetivo de

apertura a la rica diversidad filosófica que surgía en el occidente cristiano. El nominalismo, tan antiplatónico como antiaristotélico, niega la capacidad de la razón para avanzar en el conocimiento del universo, cuyas manifestaciones sensibles no serían otra cosa que apariencias, sin más solidez que los productos de la imaginación humana. Así, para el nominalista, la Ciencia pretende razonar sobre apariencias para explicar un universo supra-racional. El nominalista a ultranza diría que de las sensaciones solo cabe ingeniar nuevas sensaciones que nos produzcan deleite o entereza ante la condición humana, algo propicio para el arte, pero no para la Ciencia.

Ciertamente, en la España de Cisneros y de los años siguientes inmediatos, no faltaron erasmistas y el mismo Cisneros trató infructuosamente de convencer a Erasmo para venir a Alcalá, pero el predominio nominalista llegó al extremo de la persecución inquisitorial de los erasmistas. No es aventurado sugerir raíces nominalistas en manifestaciones de la ciencia española, incluso muy recientes, como la mentalidad vitalista que persistió largamente en la Biología.

Como en el nominalismo de entonces, existe ahora una profunda desconfianza en la capacidad de la razón para arrojar luz sobre el ser humano en el Universo. La capacidad cognoscitiva se reduce al conocimiento útil, que permite un mejor dominio de los recursos de su entorno y que, paradójicamente, está estrechamente relacionado con el desarrollo científico y, en especial, el método experimental. En una actitud que hunde sus raíces en el método experimental de la ciencia moderna, el ser humano se ha hecho profundamente receloso de todo lo que no es comprobable experimentalmente. Ni la Matemática, reducida a construcciones axiomáticas, coherentes hasta donde permite el teorema de Gödel, pasa de ser una elaboración gratuita de la mente que no nos descubre nada sobre el mundo, ni sobre nosotros mismos. Y puestos a ser escépticos, no es que el conocimiento científico experimental sea más firme, del conocimiento científico no importa su coherencia racional, la solidez del conocimiento sería una falacia, lo que importa es si es útil, si mejora la producción industrial o agrícola, si reduce el dolor y las enfermedades, si (extendido a otros campos) mejora la economía, si descubre arte (económicamente rentable), si reduce los conflictos sociales, ..

Una crisis del conocimiento lo es también de la Universidad, que persigue una comprensión racional y universal de las inquietudes humanas. No resulta fácilmente asimilable al espíritu universitario, como tampoco lo es para el ser humano, la relativización del conocimiento, limitándolo al pragmatismo del día a día. Pero, ¿cómo confiar en la razón más allá de su uso práctico? ¿cómo va a ser la Universidad referencia del conocimiento racional, si no hay referencia fiable, si la misma razón no es fiable? En la superación de este conflicto está el futuro de la Universidad. No esperemos soluciones mágicas pero, frente al nominalismo post-modernista, confiemos en la capacidad racional humana para hacer, una vez más, compatibles dos actitudes, realista e idealista, que le son inherentes. Sin renunciar a la Ciencia y sus aplicaciones, la Universidad tiene que rescatar su papel como templo de la razón que, analizando el rico legado cultural, contribuye a la felicidad humana, ofreciéndole una formación racionalista con la que indagar en sus inquietudes más íntimas. El ser o no ser de la Universidad consiste en lograr que la razón, además de su uso práctico, proporcione una herramienta de reflexión personal y colectiva. Hoy día, más que nunca antes, el ser humano requiere de su capacidad racional para gozar, y no ser un mero instrumento, del arsenal casi ilimitado de información que la tecnología pone en sus manos.